CAPITULO XI.

El sembrador. —La zizaña. —El grano de mostaza. —La red arrojada al mar.

Las parábolas de aquel dia conciernen á la salvacion y anuncian la Iglesia.

El sembrador ha sembrado; pero cuando sembraba, algunas semillas cayeron junto al camino, y vinieron las aves del cielo y las comieron. Otras caveron en lugares pedregosos, y nacieron porque no tenian tierra profunda; mas en saliendo el sol se quemaron porque no tenian raiz; otras cayeron entre las espinas, y crecieron las espinas y las ahogaron, y otras cayeron en tierra buena y produjeron fruto, una de ciento, otra de sesenta y otra de treinta por uno. La esplicacion dada por el mismo Jesus no deja nada por enseñar de las diversas disposiciones en que esa simiente, que es la palabra de Dios, ha de encontrar el corazon de los hombres. En aquellos que escuchen á la linde del camino sin querer dejar las vías del mundo, la palabra ni aun germina, porque en aquel camino seco y endurecido, por el que pasan todos los errores y todos los vicios, los demonios tienen su morada, y los vanos pensamientos y las pasiones brutales son pájaros voraces que devoran la buenassimiente tan pronto como cae al suelo-Los puntos pedregosos son los corazones mas temerosos que amantes; que, llenos de las preocupaciones é intereses miserables de la carnelly de la vida, no tienen fondo para echar la raiz. La palabra se recibe, germina: aparecen tambien algunas obras de penitencia; pero llega una pena, una tentacion, una persecucion, y aquel pobre gérmen sucumbe.

Las espinas que crecen son la invasion de las cosas humanas: en los corazones que representa ese terreno no falta fondo; pero las seducciones de la ambicion y de las riquezas ahogan en gérmen la planta divina, de modo que, entre los cuidados cada dia mas grandes del mundo, queda estéril.

Nadie, por lo demas, se separa del Verbo divino sino por algunos de los modos predichos aquí; los unos por negligencia en escuchar la palabra, los otros por cobardía 6 debilidad, y los otros por entregarse bajamente á la voluptuosidad y al deseo desencadenado de los bienes de este mundo. Tal es el órden natural: un camino, piedras, espinas, y para andar por ese camino se necesita primero atencion, despues valor, y en fin, desprecio de las cosas presentes. Esto es lo que el Senor espresa cuando anade: "El que cae en tierra buena es el que oye la palabra y la entiende y lleva fruto." En efecto; los que están á lo largo del camino no retienen la palabra; los que están entre las piedras no sostienen con paciencia los asaltos de las tentaciones, y los que están entre las espinas no dan frutos. Así la semilla es la misma para todos; desciende de la mano de Dios dispuesta a germinar en to dos los corazones, porque á todos se la da el divine labrador; pero ¡desgraciado de aquel en quien solo se descubre una tierra estéril, una tierra pedregosa, una tierra de espinas, porque hay tierras en que no puede germinar la semilla del Señor!

La parábola de la zizaña se enlaza con la de la simiente, y encierra una enseñanza mas especial. En tanto que los criados duermen el enemigo viene y siembra zizaña entre el grano que ha sembrado el padre de familias en su campo. Descúbrese la zizaña, los siervos negligentes quieren arrancarla, pero el padre de familias responde; "No; porque podeis tambien arrancar el grano bueno. Dejad que crezcan uno y otra hasta la siega, y entónces diré yo á los segadores: Coged la zizaña, atadla y arrojadla al fuego, y así el trigo entrará en el granero."

El campo es el mundo; el padre de familias es Dios, el enemigo es el demonio, y la zizaña es la simiente del cisma y de la herejía que el enemigo ha de arrojar al mundo cuando los sucesores de los Apóstoles, los Pastores de la Iglesia, sean descuidados. Nótese que no se trata de toda clase de simientes, sino de simiente de zizaña, porque la simiente de zizaña, produce una espiga que se parece á la del trigo. Así, en los principios de su obra los herejes ocultan su presencia, y cuando aumenta su libertad, cuando han adquirido partidarios, entón-

ces, dice San Juan Crisóstomo, el fruto se muestra y la herejía derrama su veneno. Pero el padre de familias prohibe que la zizaña se arranque, no porque acepte esa zizaña, puesto que está reservada para el fuego, sino porque no podria ser arrancada sin peligro de arrancar tambien el trigo.

Pero hay ademas para esto otra razon misericordiosa, divina. en la tierra fecunda del Evangelio la misma zizafia puede convertirse en buen grano; y así como se deja el tiempo de madurar, se deja á los pecadores, dice San Gerónimo, el tiempo de arrepentirse, previniéndosenos que no hagamos desaparecer súbitamente á nuestro hermano. Quien hoy se halle pervertido por un error perverso, puede convertirse mañana en un defensor de la verdad. "Por temor, dice el padre, de que arranqueis el trigo con la zizaña;" porque podria ser, afiade San Agustin, que al arrancar la zizafia se arrancase el trigo que está para nacer: por medio de una paciencia que os perfeccione á vosotros mismos, por la paciencia que hace producir treinta, sesen ta, ciento por uno, soportad á los malos, á fin de que lleguen á ser buenos: al arrancarlos, arrancaríais acaso el grano en que la gracia de Dios y vuestra paciencia les hubieran cambiado; perjudicaríais á flos mismos buenos, á los cuales les hubieran servido á sujpesar. "Dejadles crecer hasta la siega," es decir, hasta el juicio: aquel será el tiempo de arrancarla, cuando ya no quede un momento para cambiar de vida, y cuando el contraste de sus faltas no sea útil para estimular á los buenos á la virtud.

Este precepto parece contrario à aquel que ordena que hagamos desaparecer el mal de en medio de nosotros. No está prohibido, observa San Juan Crisóstomo, el oponerse á los herejes, castigarles impedir sus reuniones y su propaganda, sino el destruirles y matarles. Fué primero opinion de San Agustin el no obligar á nadie á creer en la unidad de Jesucristo, procediendo solo por la discusien, y venciendo solo por la razon; porque tem ia que se formaran católicos hipócritas de los herejes decididos. Pero su opinion no solo era combatida, sino que era confundida por ejemplos contrarios, y pensaba en aquellas leyes terribles que ordenan servir al Señor con temblores. Muchos han dado gracias á Dios que les había atraido por el temor y por la persecucion, y que, al violentarles así, les había libertado de otra violencia mas dura y mas humillante: la violencía del error: deduciendo de todo que los Reyes deben servir à Jesucristo publicando leyes emanadas de los preceptos de Jesucristo, porque el culto de Jesucristo publicando de contra violente de la festa de l

sucristo está en la unidad. La casa de David no puede recobrar la paz sino con la pérdida del rebelde Absalon, aunque David recomendó que le conservaran sano y salvo, aunque solo esperó su arrepentimiento para perdonarle; y si bien lloró al culpable se consoló cen la idea de que habia devuelto la paz á su pueblo. Así es como la Iglesia católica, nuestra madre, cuando adquiere gran número de hijos por la perdida de un número pequeño de los mismos, encuentra un consuelo para su dolor la felicidad de las almas libertadas. Los herejes nos dicen: "¿A quién obligó, á quien violentó Jesucristo?" ¿A quién? Ahí tenemos al Apóstol San Pable. Jesucristo le obligó, le violentó, le enseñó, le consoló, y es de notar que aquel que entró en la Iglesia impelido á ello per un castigo corporal, trabajó mas por el Evangelio que aquellos que habian sido llamados por solo la palabra. ¿Por qué la Iglesia no obligaria á volver á ella aquellos que por su estravío han sido la perdicion de tantos otros?

¡Y desgraciados de aquellos que no dejándose conquistar, y no pudiendo ser violentados, no sufran cambio ninguno! Vendrá el tiempo de la siega, y los segadores, los ángeles terribles, entrarán en el campo, y hecha la separacion definitiva, la zizaña, reunida en haces, será arrojada al fuego. Debe notarse, dice un intérprete, que se anuncia el castigo á aquellos que obran la iniquidad, no á aquellos que ántes la han obrado, porque solo serán entregados á los suplicios eternos aquellos que se obstinan en sus pecados, y de ningun modo los que hacen penitencia. Debe notarse tambien, segun otro intérprete, el amor de Dios hácia los hombres: en los beneficios, procede con rapidez; en los castigos, procede con lentitud; cuando siembra, es por sí mismo, y cuando castiga, es por medio de otros, por los Angeles que El envía.

El grano de mostaza, ese grano que es el mas pequeño de todos los granos, y que se convierte en un árbol frondoso y corpulento, es tambien la Iglesia, es el mismo Jesucristo, es la fé en el corazon del cristiano. ¿Cómo aparecen á los ojos del mun do los doce Apóstoles, ó Jesucristo en la tumba? ¿Qué parece que es el hombre oscuro y desconocido en el alma del cual una humilde pala bra ha sembrado el grano de mostaza, es decir, el gérmen de la fé? Pues bien: ya se sabe lo que ha salido del sepulcro de Jesucristo y lo que han llegado á ser los Apóstoles: y el hombre que recibe la fé, guarda en sí mismo una cosa mas grande que la humanid ad, haciéndose mas fuerte que el mundo entero. No importa que ántes haya conocido todas las cien

VIDA DE NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO.-21

cias, ó haya caido en todos los errores, atormentado por la ambicion y juguete de todas las seducciones; no importa que su alma fuera el centro de todos los malos instintos, y que su conciencia estuviera abrumada por toda clase de crimenes: la fé crece en él sobreponiéndose á todos los errores; le arma contra todas las seducciones; borra todos sus crimenes, y le hace mas fuerte que el mundo entero. Y si ántes de adquirir la fé, su imaginacion y su corazon eran terrenos áridos con la fé el árbol de abundantes ramas se desarrolla en ellos y da sazonados frutos.

Jesus dijo tambien: "La red arrojada al mar recoge toda clase de peces, y cuando está llena, los pescadores ponen á un lado los buenos y desechan los malos." Lo mismo sucederá en la consumacion de los siglos: los ángeles sacarán á los malos de entre los justos y los arrojarán al fuego, y allí habrá llanto y crugir de dientes. La Iglesia recoge peces de todas clases, porque llama para la remision de los pecados á todos los hombres, ricos y pobres, ignorantes y sabios, pru dentes é insensatos; y cuando la red esté llena, se cerrará el libro del destino del hombre. Entónces se verá lo que contiene la red; entónces se hará la separacion.

En la parâbola de la zizaña se trata de aquellos que perecen a causa de la maldad de los dogmas heréticos, porque no reconocieron la verdad: aquí se trata de aquellos que perecen a causa de la perversidad de su vida, aunque han sido cogidos en la red y aunque han recibido el conocimiento de Dios. En este punto, dice San Gregorio, no se puede comentar, solo se puede temblar; y los tormentos de les réprobos se anuncian en sus términos propios, a fin de que nadie pue da escusarse alegando ignorancia y apoyándose en la oscuridad del dogma de los suplicios eternos.

Al darles aquellas enseñanzas, Jesus hizo comprender á los Apóstoles que debian repetirlas por toda la tierra. "Nadie, despues de haber encendido una lámpara, les dijo, la cubre con un medio celemin ó la pone debajo del lecho, sino que la coloca en un candelero, á fis de que aquellos que entren vean la luz." Esta recomendacion basta para que la palabra de Dios resuene siempre, aun cuando aquellos que deban repetirla se vean cargados de cadenas. Y á fin tambien de advertir á sus oyentes obligándoles á meditar en el misterio de las parábolas, Jesus decia frecuentemente y en alta voz: "Que aquel que tenga oidos, oiga."

CAPITULO XII.

Incredulidad de Nazareth.—Primera multiplicacion de los panes.—Segunda tempestad apaciguada.—Anuncio de la Eucaristía.

Jesus dejó los lugares en que habia enseñado aquellas doctrinas y fué á Nazareth, su patria, entrando en la Sinagoga el dia del sábado, con el fin de ensefíar, segun el derecho que, por otra parte, tenia todo hijo de Israel. Levantóse para leer, y se le puso en las manos el libro de Isaías, que era la lectura litúrgica en aquella época del año. Jesus no cambiaba nada en la costumbre, y, al contrario, lo hacia todo segun debia practicarse y con el mayor cuidado: abrió, pues, el libro, y encontró este pasaje: El espíritu del Señor está conmigo; por esto es por lo que yo he recibido otro óleo para evangelizar à los pobres, curar à los que tienen el corazon desgarrado, anunciar la libertad á los cautivos y la luz á los ciegos, para publicar el año feliz del Señor y el dia de la retribucion. Leido este pasaje, Jesus cerró el libro, se lo devolvió al ministro de la Sinagoga, y se sentó. Todas las miradas estaban fijas en El, y El dijo: "Todas estas cosas de la Escritura han sido cumplidas hoy, cuando acabais de de oirlas."

Es tanto mas notable la majestad de esta palabra, cuanto Nuestro Señor no desconocia las malas disposiciones que abrigaban sus oyentes. Se observan en ellos dos impulsos, dos sentimientos contrarios: primero le admiran; pero muy luego la levadura de los fariseos se manifiesta y domina en ellos.

Aquella levadura debia fermentar en Nazareth mas fácilmente que en ninguna otra parte. Los nazarenos consideraban sin duda alguna el don de las profecías y el de los milagros como una fortuna; pero tuvieron celos porque aquel don lo hubiera obtenido un hombre de quien tan poco caso habian hecho, y por eso empezaron á decir: "No es ese el hijo del carpintero José, el hijo de María? ¿No conocemos a sus padres, que viven entre nonotros? ¿Cómo, pues, se atreve á decir

Jesus leyó en aquellos corazones miserables, y comprendió la pregunta injuriosa que le iban a dirigir; vió que, rebosando incredulidad le pedirian milagros, como prueba de que era Dios. Los primeros que dijeron á Jesus "pruébanos que eres Dios," grito que tanto se ha repetido despues, fueron los primeros testigos de la virtud divina aquellos ante cuyos ojos habia Jesus resucitado á los muertos. Jesus les recordó que Elías habia sido enviado á la viuda de Sarepta, aunque no faltaban viudas en Israel, y que Eliseo no curó á los infinitos leprosos que habia en Israel, sino solo á Naaman, que era de Siria, queriendo con esto advertirles que se pusieran en las condiciones que se requieren para recibir la gracia, abjurando su incredulidad y su envidia; pero todos, léjos de hacer eso, se sublevaron contra Jesus le arrojaron de la Sinagoga y le persiguieron hasta lo alto del monte á cuya falda estaba construida la ciudad, con el designio de precipitarle desde allí. La misericordia de Jesus les libró de intentar la consumacion de aquel crimen: "Jesus, pasando por medio de ellos, se marchó," sea que se hubiera hecho invisible á sus ojos, sea que hubiera paralizado sus manos.

Este fué casi el único milagro que Jesus hizo en Nazareth; pero este es el milagro con el cual todos los dias desbarata los ataques de la impiedad: se hace invisible, ata las manos de los furiosos, y con solo eso consigue que aborten sus planes mejor dispuestos. Jesus niega á los nazarenos los milagros que su insolencia exigia; pero hace otros milagros que su incredulidad no ve, y de que su alma no se aprovecha, aunque con esos milagros les libre de cometer un crimen. Sin embargo, la clemencia de Jesus hácia sus compatriotas no pudo permanecer inactiva; curó algunos enfermos, imponiéndoles las manos, y el testo sagrado añade: "que su incredulidad le asombraba."

Dejó por fin á aquellos ingratos, volvió á sus fecundos viajes, siguiendo las sendas que habian recorrido los Patriarces y los Profetas, derramando por donde quiera la salud, la esperanza y la vida.

Los pueblos acudian á oirle de todas partes, "y El tuvo piedad de ellos, porque estaban abrumados por los males, y corrian de aquí para allí como las ovejas que no tienen pastor." Habiendo, pues, reunido á los Apóstoles, les envió dos á dos en diversas direcciones, para

que socorrieran á aquellos que no podian venir á El.

Aquella primera mision no debia encontrar dificultades; solo era un fácil aprendizaje de los duros trabajos del apostolado, y sin embargo dió á sus enviados la instruccion eterna que debia mas tarde hacerles afrontar todos los peligros, y que, trasmitida despues á sus sucesores, les hizo, como á ellos, triunfar hasta de la misma muerte. Jesus les impuso la obligacion de ser pobres, sencillos, prudentes y dulces; de no llevar consigo ni dos pares de sandalias, ni dos capas; ni dinero; de no tener sino un cavado de viaje; de no resistir; de no defenderseo Dióles tambien pleno poder para arrojar á los demohios y curar todas las enfermedades, y les fortaleció contra las tentaciones de la carne y de la sangre: "Quien ame á su padre y á su madre mas que á mí, nl es digno de mi. Quien no tome su cruz y no me siga, no es digno de mi. Quien salve su vida en daño de lo que me debe, la perderá, y quien la pierda por mí, la salvará." Hé aquí á los conquistadores del mundo.

En aquel tiempo fué cuando el nombre de Jesus llegó á oidos de tetrarca Herodes, quien creyó que el Profeta de quien tan grandes cosas oia contar no era otro sino Juan Bautista resucitado. Deseaba verle por esta razon; pero Jesus se alejó, porque la enfermedad de Heredes no era de aquellas que El iba espontáneamente á curar, y pasé á otro punto, en el que los Apóstoles fueron á darle cuenta de lo que habian hecho. El buen Maestro deseaba conducirles á algun lugar solitario para que gozaran de alguna tranquilidad, porque la multitud no les dejaba ni aun tiempo para comer. Entró, pues, con ellos en una barca, y se dirigieron hácia un desierto de Betsaida; pero tambien allí se les anticipó la multitud, de la cual Jesus se compadeció, como siempre. Llevó aquellas pobres gentes al monte, y habiéndose sentado en medio de sus discípulos, devolvió la salud á los enfermos y hablo del reino de Dios.

El dia iba avanzando; los Doce previnieron al Señor que era hora de despedir á aquella multitud, á fin de que pudiera llegar á las casas y á las aldeas y comprar con qué comer, porque no tenian provisiones, y el sitio aquel era desierto. Jesus les dijo: "Dadles vosotros que comer;" por lo cual ellos le preguntaron si debian comprar doscientos denarios de pan; pero Jesus, como si no les oyera, consideró a la multitud, que llegaria á unos cinco mil hombres, sin contar las mujeres y los niños, diciendo despues á Felipe: "¿Con qué compraremos el pan que se nocesita para alimentar á tanta gente?" Hablaba así á fin de probarle, porque ya sabia lo que debia hacer. Felipe respondió: "Ni con doscientos denarios comprariamos pan bastante para que á cada uno de estos tocara un poco." Entónces Jesus les mando se informaran de las provisiones que habia, y Andrés fué à decirle "Hay aquí un muchacho que tiene cinco panes de cebada y dos peces:"... añadiendo: "¿Qué vale esto?" Pero Jesus ordenó que hicieran sentarse á todos por bandas sobre la yerba, y en seguida, habiendo tomado los cinco panes y los dos peces, levantando los ojos al cielo, los bendijo, los partió, y se los dió á sus discipulos para que los distribuyesen entre los que estaban sentados. Diéronles, en efecto, tanto co mo quisieron; todos comieron y quedaron hartos, y con los pedazos de pan sobrantes se llenaron doce cestos. Así el Pan eucarístico sacia al mundo y nunca se agota; pero este no es el único sentido de este milagro, del que se volverá á hablar mas adelante.

La admiracion era grande en el pueblo, y se decia: "¿No es este el Profeta que debe venir? ¡Es preciso hacerle Rey!" Jesus les despidió, para evitar el que realizaran este designio, y para enseñar á sus sacerdotes que no deben correr tras de la gloria popular. En segui da, habiendo ordenado á los discípulos que se embarcaran y que fueran á esperarle al otro lado del lago, huyó El mismo al monte, donde permaneció solo en oracion.

Entre tanto la barca en que iban los discípulos luchaba contra e viento, y hácia la cuarta vigilia de la noche (las tres de la mañana) no habia aún andado sino muy poco trecho; pero Jesus, viendo que sus discípulos remaban con trabajo, se dirigió hácia ellos, marchando sobre las olas agitadas. Los discípulos le vieron andar como si qui siera dejarlos atras, y creyéndole un a fantasma, empezaron á dar gritos; pero Jesus les dijo: "Yo soy; nada temais.—Señor, esclamó Pedro; si sois Vos, mandad que yo ande sobre las aguas." Jesus le dijo: "Ven." Y Pedro, que salió de la barca, anduvo tambien sobre el mar; pero el viento era fuerte, tuvo miedo, y en el mismo instante empezó hundirse. Véase cómo Pedro es el mismo hombre á quien su amor hácia Jesus llevará al pretorio, y á quien la voz de una criada le hará renegar de Jesus: no temió marchar sobre la profundidad del abismo, y se asustó por el fragor del viento.

Sin embargo, Pedro no ultrajó el corazon de su Maestro hasta el punto de dudar de su poder y de su bondad, y esclamó: "Señor, sálvame." Jesus entónces le cogió por la mano, y le dijo: "Hombre de poca fé, ¿por qué dudaste?" Si su fé hubiera sido firme, el viento no hubiera podido hacerle daño, y el mar hubiera permanecido sólido bajo sus plantas. No era Pedro el que marchaba sobre las aguas, dice San Gerónimo, sino la fé: Pedro tenia necesidad de saber esto, y Jesus se lo enseñó para siempre. Cogiòle por la mano, y ¡oh Pastor! ¡oh Padre! como el águila que ve el peligro de su hijuelo y le ampara con sus alas y le lleva al nido, así obra Jesus. Jesus subió despues con Pedro á la barca, y en el instante cesó el viento, é inmediatamente la barca se encontró en la orilla á que se dirigia.

Jesus habia caminado sobre las aguas, habia hecho seguir aquel camino á Pedro, habia apaciguado la tempestad, y una distancia de muchas leguas fué recorrida en un momento. Los ojos de los discípulos no se habian abierto con la multiplicacion de los panes; pero aquellos nuevos milagros, multiplicados para ellos solos, hicieron caer la venda de sus ojos. Adoraron á su Maestro, y le dijeron: "Tú eres verdaderamente el Hijo de Dios."

Toda la comarca supo inmediatamente la presencia de Jesus; y donde quiera que entraba, ciudad, pueblo ó aldea, acudian los enfermos, que, colocados en las plazas públicas, le suplicaban que les tocara con la punta de su manto, con lo cual, en efecto, quedaban curados

Los hombres que habian querido proclamarle Rey seguian abrigando aquel designio, y despues de haberle buscado á orillas del lago desde el dia de la multiplicacion de los panes, se encontraban todos reunidos en Cafarnaum, cuando Jesus entró en la ciudad. Pero en el fondo de todo su celo no habia, como lo probaron los hechos siguientes, sino el deseo de vivir en la abundancia de las cosas necesarias, sin que esperaran otra cosa del Mesías.

Habia llegado el momento de darles una idea mas alta, y de hacerles comprender qué pan traia el Mesías al mundo. Díjoles, pues, que
le buscaban porque les habia dado pan; pero que debian trabajar,
no por el alimento que perece, sino por el que dura hasta en la vida
eterna, y que aquel era el alimento que el Hijo del hombre les
daria.

Le preguntaron qué obras les harian agradables à Dios, y Jesus les respondió: "La obra de Dios es que creais en Aquel que El ha en-

viado." Dijo esto porque la fé produce la humildad, el deseo, el amor y todas las obras de la vida.

Pero el espíritu de los fariseos fermentaba en ellos, y negaron que los milagros de que habian sido testi gos debieran obligarles á creer. Aludiendo á la multiplicacion de los panes, milagro que habia sido algunas horas ántes elifundamento de sus esperanzas, dijeron que Moisés habia hecho mucho mas alimentando á sus padres en el desierto con el maná, segun lo que está escrito: Les ha dado á comer pan celestial; pero Jesus les respondió: "El verdadero pan celestial no es de Moisés, sino de mi padre; porque el verdadero pan de Dios es aquel que viene del cielo y da la vida al mundo." Y ellos le dijeron: "Señor, danos siempre de ese pan."

Entônces Jesus, descubriéndoles las profundidades del misterio, les dijo: "Yo soy el pan de la vida; aquel que venga á Mí, nunca tendrá hambre, y aquel que crea en Mí, nunca tendrá sed.... Es la voluntad de mi Padre que me ha enviado, que quien vea al Hijo y crea en El, tenga la vida eterna, y yo le resucitaré en el último dia."

Palabras verdaderas á la letra como en el espíritu, pero que los judíos no oyeron, ó no quisieron oir.

Como aquella vida eterna de que les hablaba Jesus está esenta de las miserias y de las necesidades de la vida presente, es verdad, es una verdad literal que, quien la posea, nunca tendrá hambre ni sed, sino que, al contrario, se verá saciado para siempre. Y aunque es cierto que la vida eterna no debe empezar hasta la resurreccion, tambien lo es que, aun desde esta vida, existe la saciedad en aquellos que se alimentan del pan vivo. Mezclado á la carne mortal, el pan eucarístico infunde en ella el gérmen inmaterial de la eterna vida, y la muerte natural no destruirá ese gérmen, que ha de conservarse en sus esqueletos descarnados: no, no se separará ese gérmen del polvo que los esqueletos formen, durmiendo en el polvo hasta el dia en que Dios mande que brote. Y en aquel instante la carne revivirá, ó mas bien florecerá, llena de gloria, revestida de inmortalidad, despojada de las concupiscencias que han sido causa de su corrupcion. Nada impuro quedará en ella á que pueda alcanzar la mano de la muerte: el contacto del Hijo de Dios habrá destruido y consumido todo principio impuro y mortal. Así, lo que la fé del hombre ha creido y ha deseado, lo ha querido y lo ha hecho el amor de Dios

En vez de creer y de esperar la esplicacion de lo que no comprendian, aquellos judíos se pusieron ál murmurar como los de Nazareth muchos de los cuales estaban entre ellos: "¿No es este, decian nuevamente, Jesus, el hijo de José? ¿Cómo nos dice que ha descendido del cielo?"

Jesus les advirtió severamente que no murmuraran, y despues de algunas palabras divinas reservadas, por decirlo así, á la interpretacion de San Pablo y de la Iglesia, que debian divinizar mas tarde el misterio de la gracia, continuó sus discursos.

Poniendo el peso y el yugo de su autoridad divina sobre la razon enseberbecida de aquellos hombres, Jesus les hizo saber que aquel pan
misterioso que les apunciaba era El mismo, era su carne: "En verdad,
en verdad os lo digo; Aquel que viene á mí, tiene la vida eterna. Yo
soy Pan de la Vida. Vuestros padres han comido el maná en el desierto y han muerto. Yo soy el pan descendido del cielo, a fin de que
quien coma de él no muera nunca. Yo soy el pan vivo que he descendido del cielo. El que coma de ese pan vivirá eternamente, y el
pan que yo le daré será mi carne."

Al oir aquella palabra, redoblaron los murmullos: "¿Cómo ese hombre puede darnos su carne á comer?" ¡Cómo! esta es una palabra judáica, dice San Cirilo. Con el derecho de su divinidad, Jesus respondió con una nueva afirmacion: "En verdad, en verdad os lo digo; si no comeis la carne del Hijo del hombre y si no bebeis su sangre, no tendreis vida en vosotros. Aquel que come mi carne y bebe mi sangre tiene la vida eterna, y yo le resucitaré el último dia; porque mi carne es verdaderamente comida y mi sangre es verdaderamente bebida. Aquel que coma mi carne y beba mi sangre permanece en mí, y yo en él. Como mi Padre que tiene vida en sí mismo me ha enviado, y como yo vivo por el Padre, así el que me coma vivirá tambien por mí. Yo soy el pan que ha descendido del cielo, y no sucede como con vuestros padres, que comieron el maná y que han muerto: el que coma de este pan vivirá eternamente."

El hombre, dice Bossuet, razona siempre contra las bondades de Dios, y, por consecuencia, contra sí mismo. Aquellos hombres creyeron que Jesus les hablaba de la carne de un hombre semejante á los otros, de la carne del hijo de José, que seria una carne semejante á aquella con que los hombres alimentan su cuerpo, que seria, en fin, una carne que ellos consumieran al comerla. Jesus da tres respuestas á estos tres errores. — Yo soy el pan vivo descendido del cielo: luego la carne que promete no es la carne del hijo de José, sino la carne del Hijo de Dios, carne concebida por el Espíritu Santo y formada de

VIDA DE NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO.-22

la sangre de una virgen. La voluntad de mi Padre es que no pierda á ninguno de los que me ha dado, y que les resucite en el último dia. Quien coma de este pan de mi carne, que yo daré por la vida del mundo, vivirá eternamente: luego la vida que su carne debe sostener no es esta vida comun y mortal, sino la vida eterna, tanto del alma como del cuerpo, en que seremos cambiados y semejantes á los ángeles de Dios. Vereis al Hijo de Dios subir al cielo de donde ha descendido: luego aun cuando de su carne por alimento, El permanecerá siempre vivo.

San Juan, que refiere estas cosas divinas, añade: "Esto dijo Jesus, enseñando en la Sinagoga de Cafarnaum." Convenia, en efecto, que se dijera desde entônces para preparar á los Apóstoles á la institucion de la santa Cena, y convenia que se dijera en la Sinagoga, á fin de que cuando los Apóstoles, únicos testigos de la institucion de la Eucaristía, tuvieran que proponer este sobre toda ponderacion portentoso y adorable misterio pudieran invocar la palabra pública del Señor. En todo y por todas partes la misericordiosa sabiduría del Señor ha tenido cuidado de darnos armas contra nuest ra propia incredulidad.

Sin embargo, la mayor parte de aquellos hombres, que podian creer en El tan fácilmente á causa de los milagros que habian visto, no creveron; hubo incrédulos hasta entre sus discípulos, "y varios de estos se retiraron." ¡Pronto cumplimiento de la parábola profética de la simiente!

Jesus no se sorprendió. "Sabia como Dios desde el principio de toda eternidad," y como hombre desde su concepcion, quiénes eran los que no creian y quién era el que habia de venderle. Sin embargo, dijo á los doce: "Y vosotros, ¿no quereis tambien marcharos?" Pedro, en nombre de todos, no dudando que todos como él se hallaban llenos de una fé respetuosa, respondió: "Señor, ¿á quién iríamos? Tú tienes la palabra de la vida eterna. Hemos creido, y hemos reconocido que tú eres Cristo, el Hijo de Dios." Jesus respondió: "Yo os he escogido á los doce, y sin embargo, hay uno entre vosotros que es un demenio."

¡Oh cuanta sangre derramó aquel divino cerazon antes de ser atravesado por la lanza!

The organization of the particular of agiv

the state of the course contact the not at the first from a legal

LIBRO IV.

EDUCACION DE LOS APOSTOLES.

CAPITULO XIII.

Falsa purificacion.—La Cananea.—El sordo-mudo.—Segunda multiplicacion de los panes.

Podria decirse que el Evangelio es la historia de la educacion de San Pedro y de los Apóstoles. Jesus, porque es el hombre perfecto, es tambien el adorador y el sacerdote perfecto, y su mision fué la de formar adoradores y sacerdotes perfectos.

Desde el punto en que nos encontramos de la vida de Jesus, Jesus pone en esa educación un cuidado, no mas constante, pero sí mas directo. Las instrucciones prevalecen sobre los milagros, é instruye bajo la forma de parábolas ó controversias con los fariscos, con los escribas y con los doctores de la Ley.

Aquellos hombres, que dominaban en Jerusalen, eran tambien numerosos en todas partes, y mezclados con el pueblo seguian paso á paso á Jesus, dispuestos siempre á dirigirle preguntas capciosas, con el fin de encontrar en sus respuestas motivo para acusarle. Si pose-yéramos las relaciones que ellos enviaron al Sinedrio, tendríamos la sustancia y la quinta esencia de todos los espedientes y calumnias que la policía de los gobiernos impíos ha formado siempre contra la Iglesia.

Un dia, habiendo observado que algunos de los discípulos de Jesus comian sin haberse lavado las manos, los fariscos señalaron como una